

agua chirle, y que sin consultar los hechos, califican de absolutamente inactivas, tienen mas poder, mas actividad, mas fuerza que en aloptía los muelles de acero mejor templado, por encumbreado que sea el saber del alópata que las emplea.

Recibimiento, progresos y estado actual de la homeopatía en España.

Desde 1834 los periódicos de nuestra nación, señaladamente el boletín de medicina y cirugía, comenzaron á hablarnos alguna rara vez de la homeopatía, como de una novedad mas digna del ridículo, que de pensar en ella seriamente. La causa de un recibimiento así estaba en la homeopatía misma, que ofrecía puntualmente el *vice-versa* de las opiniones que desde el origen de la medicina habíamos tenido por mas racionales y mejor fundadas. Acostumbrados á ver algunas veces las dosis medicamentosas mas abultadas sin efecto sensible, no era de estrañar nuestra repugnancia en creer la actividad de las imperceptibles que usa la nueva escuela. Mas adelante ya los periódicos usaban de un lenguaje mas serio cuando nos hablaban de la nueva doctrina, presentándola, como una invención que aunque podía ser caprichosa hasta cierto grado, tambien contenía alguna verdad útil, en cuyo apoyo nos referían casos de curaciones homeopáticas, tomados ó copiados de los periódicos estrangeros.

Dos años se pasaron de este modo dándonos

los periodistas progresivamente algo mas frecuentes, y algo mas favorables noticias de aquella revolucion científica, que si llegaba á resultar enteramente fundada sobre la verdad, amenazaba destruir el edificio médico antiguo; esta idea picaba mucho la curiosidad de algunos médicos, y les persuadía la necesidad de estudiar y conocer bien la homeopatía, para averiguar qué doctrina era aquella que ya iba levantando bastante rumor en varias capitales de Europa.

Pero España carecía de obras traducidas á nuestro idioma, que enseñasen aquella doctrina escrita en aleman, y despues traducida al francés. A esta necesidad quiso ocurrir en 1836 el jóven Dr. don Ramon Isaac Lopez Pinciano, que decia haber estudiado en Francia la medicina y doctorádose allí mismo. No favorecía mucho á los progresos de una ciencia nueva el crédito que pudiera adquirirle la circunstancia de ser su apóstol un muchacho apenas conocido en nuestra península, con todo él se vino á Madrid, donde tradujo al español, y publicó la carta del conde Saint Desguidi, dirigida á los médicos franceses; y algunas otras obras de homeopatía, cuya traducción no concluyó, abriendo al mismo tiempo suscripción á un periódico titulado, el Monitor médico-quirúrgico, del que solo dió pocos números, cesando luego su publicacion, sin duda porque Pinciano solo no podría desempeñar al mismo tiempo tantas atenciones como se habia impuesto. Si hubiera tenido colaboradores, hubie-

ra podido continuar el servicio que habia comenzado á hacer á su patria, que sin embargo le tiene que agradecer el haber sido de los primeros á facilitar medios de ir principiando á conocer la homeopatía. El año 35, un año antes que Pinciano comenzase sus publicaciones dichas, se verificó en Cádiz la de los archivos de medicina homeopática, traducidos del francés, de que se dieron á luz cuarenta ú cincuenta números, y cesó.

Antes que el Dr. Pinciano dé su redaccion periodística, me hallaba yo ya ocupado seriamente del estudio de la homeopatía en las traducciones francesas del Dr. Jourdan, que este y otros sus compatriotas habian hecho de las obras originales escritas en aleman. Despues de un año ú mas entregado á las mas profundas meditacionnes de aquellas, fué cuando acosie á esta mi primera ocupacion la de la prueba de los sentidos, haciendo esperiencia sobre mi organismo de los medios terapéuticos de la homeopatía, y anotando cuidadosamente las menores alteraciones que me producian en lo físico y en lo moral, para que conforme á la ley de analogía, el conocimiento de los síntomas morbosos artificiales provocados sobre mi organismo, me diese el conocimiento de los síntomas morbosos naturales que los primeros tenian poder de borrar en el enfermo, con prontitud y seguridad. De este modo, segun ordena la homeopatía, la esperiencia clínica me sirvió de piedra de toque y de contraprueba de la esperiencia pura ó practicada sobre el organismo sano.

Solo despues de dichas pruebas y contrapruebas de la verdad de la ley de los semejantes, y de la utilidad de su aplicacion al tratamiento de las enfermedades, fué cuando comencé á imprimir y publicar mis indagaciones y sus buenos resultados, exhortando á mis compañeros á que las repitiesen, y les revelarian la utilidad incontestable de la nueva doctrina.

En 1838 aprovechando la oportunidad que me daba mi destino de médico titular de Toro y sus hospitales, establecí en el general de la misma ciudad, una seccion de clínica homeopática, en que solo tenian cabida los enfermos declarados incurables ó de mas difícil curacion por la doctrina de la escuela médica ordinaria; siendo notable que de cuantos enfermos entraron en dicha clínica, ninguno feneció: unos salieron de ella con alta por hallarse ya completamente sanos, y todos los demas que permanecieron hasta el dia en que se cerró, habian ya recibido considerable alivio, como resulta de los libros del gobierno de dicho hospital en su contraloría.

El establecimiento de la dicha seccion, no tuvo por objeto indagar el valor de la homeopatía, sino el de dar de él la prueba mas auténtica y capaz de obrar en los ánimos una conviccion íntima. Los enemigos de la homeopatía conocieron pronto que un hecho tan público y decisivo frustraba todas sus maquinaciones, y era necesario impedir su continuacion. Para ello no perdonaron medio de poner á la junta de beneficencia

en que tenían algunos compañeros de conspiración, en mal sentido respecto á la homeopatía, y unos con otros en union consiguieron sobornar aquella.

La seccion homeopática no podia cerrarse solo de inútil ni mucho menos de perjudicial: los libros del hospital probarian la impostura: sin embargo, la junta impulsada del espíritu de pandillage, tenia ya resuelto que la seccion de clinica homeopática, feneciese espresándose su voluntad en este firmán. — *Desde hoy se le prohíbe á V. continuar con la seccion homeopática, que cerrará inmediatamente.*—Y he aquí una junta laica, sobrepuesta á la autoridad de la iglesia romana, cuya cabeza visible no se hubiera creído con facultad de absolver á ningun médico de su juramento de ejercer la profesion, lo mejor que su ciencia y su conciencia le indicasen, porque eximirle de cumplir tal juramento, era contra las leyes de la humanidad y de la caridad cristiana, era una atrocidad.

La junta de *beneficencia* debió de reflexionar que tales actos desmentian absolutamente su apellido, y quiso disculpar el exceso que acababa de cometer. Para ello probó á persuadir á la direccion general de Estudios, que *el haber cerrado la seccion de clinica homeopática, habia sido en atencion á no estar todavia autorizada semejante práctica médica por S. E., de quien esperaba la aprobacion de aquella medida.* Mas como el cuerpo directivo de la facultad tenia otra ilus-

tracion y otros sentimientos que los de la junta *benéfica de Toro*, le contestó: *Que todo médico autorizado, lo estaba tambien para curar los enfermos confiados á su cuidado, del modo mas directo, mas suave y mas seguro, que su ciencia y su conciencia le dicten.*

A pesar de haber visto la junta de Toro su conducta tan espresamente reprobada por la autoridad superior competente; la seccion de clinica ya cerrada no volvió á abrirse: *Quid scripsi scripsi:* con lo que el hospital quedó privado de aquel beneficio, pero fuera de él, ya desde entonces para siempre empleé el tratamiento homeopático, esclusivo en cuantos enfermos reclamaban mis cuidados: y como dicho tratamiento aumentaba prodijiosamente el número de sus socorridos, no encontrando ya los detractores de la homeopatía eco en el pueblo, contra una doctrina que todos reconocian ya salvadora de los enfermos; y viendo que de consiguiente se iba acreditando cada dia mas la homeopatía por toda la Castilla la Vieja, perdieron del todo las esperanzas de triunfar, y dejaron de perseguirla.

Pero despues de este acontecimiento, sucedió que la lectura de algunas pequeñas publicaciones mias, señaladamente la de mi obrita titulada: *Aviso á los amigos y enemigos de la homeopatía*, con la fama de los buenos resultados que su práctica me daba en Toro y pueblos del partido, conmovió los ánimos de la juventud dedicada al estudio de la medicina en la universidad

literaria de Valladolid. Con mis escritos en la mano, exigieron de sus maestros mas de una vez que les esplicáran la doctrina de que aquellos trataban, y les pusieran á su alcance; y si al contrario, la tenian por absurda, les mostrasen las razones poderosas que justificasen tal calificacion.

Pero los catedráticos no podian complacer á sus discípulos, dándoles á conocer la homeopatía que ellos mismos ignoran absolutamente, ni tampoco podian armarlos de razones ni objeciones poderosas con que probar su inferioridad á la doctrina de la escuela médica ordinaria, porque no las hay, y porque son muy fuertes las que militan en contrario de esta inferioridad: ni, finalmente, podian instruirlos en los medios de defensa contra los ataques que la homeopatía dirige á la alopátia, porque la primera ataca vigorosamente y en regla, á la última que edificada sobre un terreno frágil y movedizo, vendria á tierra á pocos golpes.

Por no poder vencer tantas dificultades, ni atreverse á confesar francamente que desconocian la homeopatía, estando como están en la obligacion de seguir á la ciencia en sus progresos para poderla enseñar de lleno y no á medias, ó mucho menos; resolvieron seguir con sus discípulos una conducta oblicua, no negándose abiertamente á los deseos que les habian expresado, temerosos de que con la negativa, se disgustarian mas de lo que ya estaban; pero como tampoco podian satisfacerlos, tomaron el partido

de ir ganando tiempo hasta el fin del año escolástico, calmando de cuando en cuando la inquietud de aquellos jóvenes con promesas sucesivas de un dia para otro que nunca llegaba.

La impaciencia de los estudiantes se aumentaba á vista de tal amaño, cuyo rumor estendido por la poblacion, llegó á oídos del rector de la universidad; que para ocurrir á las consecuencias del pronunciamiento escolar, reunió el claustro de doctores, y como los medios de hacerlo cesar eran enteramente del recurso de las borlas médicas, estas propusieron y fué unánimemente acertada la medida de invitarme á que me personase yo en aquella universidad á defender las doctrinas médicas que proclamaba, respondiendo á las objeciones que pudieran hacerme los doctores de la facultad, que prometian abrazar la homeopatía, si se les convencia de su positivismo y utilidad.

Ignoro si esto pasaria puntualmente del modo dicho que me aseguraron personas veraces, lo cierto es que el 22 de enero de 1840, recibí la mencionada invitacion, fecha del dia anterior, y firmada de dos comisionados nombrados al intento por la escuela y maestro público de medicina clínica, y que mi contestacion á tan honorífica propuesta, fué la de presentarme al siguiente dia en Valladolid, con sorpresa de los DD. médicos, los cuales como no habian creido posible mi admision de su reto literario, y lo veian aceptado, todo el miedo que suponian me lo ha-

ria rehusar, se pasó de golpe á ellos viendome ya en la arena dispuesto á hacerles frente.

Pero la posicion que ya habian tomado, no podia sin descrédito abandonarse, y algo era necesario hacer para conservarla. A meditarlo y disponerlo la academia médica quirúrgica, reunió en junta todos sus sócios, que votaron conformes la pronta apertura de la pública discusion de la homeopatía, y acosarme en ella por todos lados, sin darme lugar suficiente de terminar mis respuestas á sus objeciones, que acordaron, que me presentarian en tropel para embrollar la cuestion, y llevar la confusion por todo, de suerte que los circunstantes no pudieran percibir á quien debian conceder los honores del triunfo, que los académicos esperaban seria suyo, pues sin tantas precauciones conseguian todos los dias, que despues de granizar horas enteras, objeciones y argumentos de toda especie en los actos literarios, saliesen los espectadores sin saber á qué atenerse; quien tuvo razon, y aun á veces sobre qué versaba la disputa, gracias al lenguaje tan exótico y peregrino que nadie lo entiende, á cuyo favor se ocultan á los ojos del pueblo cosas que conviene que nadie las perciba.

Tal fue la estrategia que aquella corporacion en consejo de guerra creyó mas conveniente á sus fines y á su situacion, mas para asegurar mejor el éxito de su empresa, halló necesario practicar un reconocimiento del campo enemigo, de lo que se encargó don Sabino de Ara, que desde

entonces se ocupó en espiarme y hacerseme frecuentemente contradizo, y mediante no serme este sugeto enteramente desconocido, se valia de esta circunstancia para hablarme de la homeopatía, y calcular la fuerza de las razones que tubiese en su defensa, presentándome objeciones contra ella, á que yo respondia con la misma franqueza que creia ser preguntado.

Don Sabino de Ara desempeñó bien su comision, cuyos resultados sin embargo descontentaron á la academia. Las reiteradas conferencias de aquel conmigo, conmovieron su fé médica, que comenzó á vacilar y disminuir respecto á sus antiguas creencias, al paso que iba percibiendo y aficionándose á las verdades de la homeopatía, que me confesó le tenian ya medio vencido por las pruebas de racionio, y que presentia su completa decision á abrazar aquella doctrina, sinceramente, si veia que los hechos confirmaban la teoría.

Vuelto á la academia á dar cuenta del desempeño de su comision, la manifestó que opinaba que los actos públicos literarios que contra la nueva doctrina, esperaba le habian de proporcionar una gloriosa victoria, quizá por el contrario le obligáran á retirarse confusa y avergonzada á un oscuro rincón donde ocultar su ignominia. Que la homeopatía, segun el juicio que de ella habia formado en las discusiones conmigo, era algo mas sério, y de mas fundado de lo que pensaba la academia, quien por tanto debería proceder

con mucha circunspeccion si continuaba en ánimo de impugnarla, de que por su parte desistia enteramente, por no ir contra las inspiraciones de su corazon, que le presentaban injusta la impugnacion de una doctrina, de cuya verdad y utilidad, si antes tenia gravísimas dudas, ahora ya se hallaba asi del todo persuadido y con resolucion de abrazarla públicamente, con todas sus consecuencias, si del crisól de la esperiencia salia con la pureza y brillo que fundadamente le hacian esperar las pruebas que ya tenia de racionio. Pocos meses despues habia renunciado á la alopatía, y héchose un homeópata celoso.

Semejante declaracion trastornó todos los planes de la academia, y la puso en precision de reemplazar su poco decorosa estrategia votada antes, con otra todavía mas detestable por no adoptar un proceder franco y sincero como el que habia visto en su sócio Ara, quizá el mas ilustrado de la corporacion. Resuelta pues á todo menos á confesar sus temores, discurrió que si huia el público combate á que la misma habia provocado, su crédito padeceria ciertamente, pero le quedaba el recurso de repararlo algun tanto, con invenciones y apariencias de que podia revestir su cobarde conducta, y aun hacerla pasar por cuerda y prudente, mientras que el desastroso éxito de un duelo admitido y mal sustentado á la vista de un pueblo testigo de sus brabatas, imposibilitaba de todo punto la reparacion del honor académico perdido para siempre.

Por eso la academia, viendo en las discusiones públicas su golpe de muerte, ya no se ocupó desde entonces mas que de eludir las por todos los medios espresados en el manifesto que en aquella ocasion publiqué, y que ahora para dar á mis lectores conocimiento del modo con que en aquellas circunstancias se comportó la academia, he creído conveniente insertar en el apéndice con que fina la presente obra.

Se creia que despues de todo lo pasado, y no atreviéndose la academia á contestar mi escrito, ni aun de un modo escusatorio, ya que victoriosamente no podia, hubiera escarmentado y dejádose de brabatas que le reportaban los triunfos de Vasco Figuera, mas no fué asi. Al año y medio de haber recibido aquel bofetón, y cuando ya hacia un año que el que se lo habia dado no residia en Valladolid, se vieron ciertos trozos de tela de seda, en que los SS. Campesino y Samano habian estampado la siguiente:

Thesis.

D. O. M.

Pro doctoratus laurea in medicina obtinenda
in hac Pinciana academia.

Lic. Marianus Gonzalez Samano,

Sequentem offert dilucidandam thesim.

Medicinæ homeopáticæ vis jam pridem et etiam
nunc, summis laudibus celebrata, nullum in medicina
usum habere potest, adeoque mérito inter
aniles fabulas numeranda.

Sub auspiciis